

DISCURSO DE PATRICIO HORACIO RANDLE

El miedo y la confusión como respuesta.

Caminaba, hace poco, por las calles de Madrid cuando de pronto vi inundada la acera de panfletos que, en grandes tipos, ponían la palabra MIEDO, y agregaban: Supere usted el miedo aprendiendo "jiu-jitsu". Me quedé pensando que más importante que superar el miedo físico sería enseñar a la gente a superar el miedo espiritual. ¿O es que no existe este miedo? Yo creo que sí. Y que va en aumento. Por eso considero interesante analizarlo.

Más que de miedo habría tal vez que hablar de miedos, en plural, pues son tantos y tan variados. La sociedad actual —qué duda cabe— vive atenazada por el temor, vive aterrorizada por lo que puede pasarle a cada miembro de ella, vive inquieta porque no confía en que, con el tiempo, las cosas por sí solas vayan a arreglarse. No es un pesimismo; es una realidad objetiva. Ahí están los datos de esa misma realidad. ¿De qué hay miedo? Pues veamos.

Por de pronto, de las noticias que nos invaden, desde el periódico hasta la televisión. Noticias terribles, dramáticas, consternantes, todos los días, a cada hora. Desde accidentes espantosos a guerras crueles, desde crímenes horribles hasta opresiones sutiles. Tal vez estas noticias no deberían ocupar tanto espacio en nuestra imaginación, pero el caso es que —para beneficio de la industria informativa todopoderosa y mercantilista— ahí están.

Hay miedo del pasado, como decía Chesterton, pues la gente no quiere saber de donde viene, no quiere enterarse de nada que le pueda empañar su endeble escapismo hacia el futuro. Pero tampoco cree en el futuro y, en efecto, le teme cada vez que de él se trata en concreto. Ya todos han visto que no hay un progreso humano lineal y necesario. La amenaza atómica, la degradación social que estamos viviendo, el retroceso moral, son indicios que impiden engañarse con promesas políticas, científicas o tecnológicas.

Decía Frédéric Le Play que los antiguos creían generalmente que la edad de la felicidad era la de las razas primitivas sometidas a la tradición de los ancestros. Los contemporáneos (se refiere al siglo XIX) se inclinan, en la mayor parte, a entreverla en el porvenir de los pueblos que se entregan a la búsqueda de la novedad (1). O sea, de un error se pasa a otro. Por eso, continúa Le Play: no se sabe conciliar las admirables novedades que han abierto la tercera edad, con la tradición de la ley moral que aseguraba la felicidad a las dos edades precedentes (2).

Nada nos puede sorprender puesto que, por encima de todo, existe miedo a la Verdad. Se niega la verdad sin haberla buscado. Se dice que es más importante saber formular una pregunta que contestarla. Se trata, obviamente, de una huida para no confrontarse con la realidad objetiva. Se niega, escondiendo la cabeza como el avestruz, en la espesa neblina de la subjetividad. Como Pilatos, que bajo la apariencia de

(1) Pierre-Frédéric Le Play: *La constitution essentielle de l'humanité*, Tours, 1881, pág. 78.

(2) *Ibid.*, pág. 79.

la indiferencia debió sentir un miedo inexpresable, se recurre a la ironía de preguntar: *¿QUID EST VERITAS?* No queriendo oír la contestación.

Hoy hay miedo hasta de creer. Porque se supone que creyendo se pierde la libertad. «Si hoy creo esto, me comprometo y mañana no puedo negarlo». Estrictamente es cierto pero se olvida que, en un segundo plano más profundo, sólo la Verdad es capaz de hacernos verdaderamente libres, porque nos lleva a ese plano de lo trascendente. Sin creer, declaradamente, en nada, es cierto que podemos cambiar a nuestro antojo. Pero ese cambiar por cambiar, precisamente, es el que nos cierra el camino a todo auténtico cambio, como es la conversión; palabra que implica genuino cambio por creencias más profundas.

El miedo se extiende hasta la tradición.

El prejuicio burgués contra el mundo clásico, donde impera la jerarquía, el orden, la armonía, la objetividad y el respeto por los antepasados se ha finalmente impuesto. Por eso es falso que la burguesía sea un factor social regulador, ya que ni es verdadera clase media (más que económicamente). Ha sido corrompida por la Revolución (que le extendió su fe de nacimiento), el igualitarismo, la quimera progresista, el racionalismo y un materialismo hipócrita que es la antítesis de esa cultura greco-latina tan providencialmente preparada para recibir el bautismo.

El miedo, se ha dicho, es el peor consejero. Debe ser porque el miedo da consejos. Esos consejos deben ser los que han traído tanta confusión al tiempo actual, donde en nombre del pluralismo, la paz, la democracia, la moderación, las minorías, la libre expresión y los derechos humanos (para citar unos pocos conceptos en boga), hemos caído en el caos en que nos hallamos. Veamos algunas características de esta distorsión programada.

Ahora se habla de pluralismo para calmar los temores a que hacíamos referencia. «Puesto que no nos ponemos de acuerdo sobre qué cosa sea la Verdad, el Bien y la Belleza, suprimámoslas». «Que no haya certeza, ni SI ni NO, sino que todo sea relativo, contingente, opinable, subjetivo. Que no haya ni bien ni mal, sino que todo sea indiferente, neutro, gris, moralmente. Que no haya nada ni bello ni feo. Que el arte no sea ya un reflejo de la realidad sino una glosa de la colectivización, del psicoanálisis, de la lucha de clases y de cualquier otra veleidad de nuestro tiempo».

Para calmar el miedo se invoca la paz. Pero no es la Paz que está llena de exigencias morales sino como una Nirvana en venta al público, un estado semisólido que se acomoda pacíficamente —sin protesta— al recipiente en que se lo mete. Esta paz, hecha para citarla en los «slogans», está implícita en aquel que dice *SONRIE: DIOS TE AMA*, a la medida de un catolicismo con unos mandamientos metafóricos, sin clara definición de pecado mortal, sin confesión, sin infierno, ni demonio. Un catolicismo ignaro que, por esa misma razón, puede permitirse saltarse el *INITIUM SAPIENTIA IN TIMORE DOMINE*.

Pero esta distorsión va más allá de la religión y corroe la familia recortando la autoridad paterna en nombre de la paz, altera la escuela, donde desaparece la autoridad magistral como si fuese un estorbo para

la armonía entre alumno y profesor. Esta paz es capaz de llevar a las naciones a su mayor oprobio; todo en nombre del miedo disfrazado de evangelio.

La democracia, otro remedio socorrido por el temor que nos encierra, es otra falsa salida, toda vez que se trata de una democracia sin bases, donde está permitido someter a voto cualquier cosa, poniendo todo en duda sucesivamente, desde la vida de la criatura ya concebida hasta la responsabilidad social e indelegable del matrimonio, la prioridad de la vida de hogar sobre la comunitaria y de ésta sobre la vida estatal; así como preceptos de la ley natural, tales la propiedad, la corporación por profesiones (sin distinción de clases) y cualquier otra fórmula que pueda organizar la sociedad. Porque el liberal que esto impide, como dijo Maurras, no es más que un espíritu desorganizado. Cualquier intento de estructurar la sociedad provoca su reacción, y si esa estructuración es, en base al orden natural y cristiano, obtendrá de inmediato la alianza tácita del marxismo para oponerse.

En la democracia de hoy todo está sujeto a sufragio universal. El bien común mismo se pone en juego —como en una ruleta rusa— en elecciones en las que compiten realmente los grandes medios de desinformación masiva, los trucos psicológicos, las técnicas subliminares de persuasión, la quinta pluma, el poder crudo del dinero, el hedonismo de las masas sin verdaderos guías (un redil adocenado por miedos pero sin pastor que lo conduzca). La democracia está reducida, además, a una «partitocracia», lo que es como su propia antítesis. Simone Weil lo vio claro cuando escribió: La condición para la existencia de una auténtica democracia es que no haya partidos políticos. Y Simone Weil no podía ser tachada de nazi o de fascista sino; en todo caso, de judía hipersensible. Pero tampoco escribía «boutades».

Otro falso remedio al miedo es la tan mentada moderación, en la que se comienza, nada menos, que por confundir los bienes con los medios. En los grandes dilemas de la vida, sin embargo, no hay centrismo que valga: entre la vida y la muerte (ya el mismo embarazo no admite medias tintas, igual que la defunción), entre lo verdadero y lo falso, entre el crimen y la inocencia no hay término medio. El justo medio tiene pertinencia cuando se trata de elementos cuantificables, como el vino, las horas de sueño, de trabajo, de ocio, de ejercicio físico. De esa moderación nace la temperancia, que es una virtud personal pero que nada asegura de las dotes de buen político, o dirigente, de quien la posee.

Hay gobernantes que se presentan como «moderados» embaucando a muchos electores. Como si ello fuese garantía de prudencia auténtica y no, como lamentablemente lo es, de oportunismo, de pusilanimidad, de debilidad constitucional.

Frente a los dilemas de hierro, ¿qué valor tiene el centrismo? El punto medio como norma es la negación de los valores y, peor aún, de los propios Universales. De allí pueden emanar, con toda facilidad, las peores decisiones. Es que del miedo de encarar la realidad se sigue, indefectiblemente, un miedo mayor: el de sentirnos como una brizna llevada por el viento.

Una supuesta defensa de las minorías pretende devolver tranquilidad a nuestros aterrados contemporáneos. En algunos casos lo consigue: mediante el fraude y la inversión de los valores; mediante la manipulación de grupos minoritarios a efectos de oponerlos a cualquier orden constituido, por el mero designio de subvertirlo. Trátese de minorías

raciales, como los negros; de minorías religiosas, como los judíos; de minorías de discapacitados físicos o de enfermos mentales, criminales o guerrilleros; de lo que se trata es de debilitar a las mayorías naturales, de hacerlas sentirse anormales, culpables; de minar su moral.

Atemorizadas así hay gentes que hoy tienen complejo de culpa de haber nacido blancos, cristianos, aptos físicamente, sanos mentalmente, honestos. Es una hábil táctica para cuando llega el momento de presentar como víctimas a las pobrecitas madres de crueles guerrilleros, cuando la opinión pública previamente insolidarizada, se ha alvidado de los muertos a mansalva, por la espalda, loca y ciegamente, por la subversión marxista.

Hasta las campañas por los lobos marinos, contra la vivisección animal, la contaminación nuclear, son aptas para distraer la opinión, del aborto, de la pornografía, de la disolución de la familia (comenzando por el divorcio institucionalizado y fomentado), del coonestado aumento de la criminalidad, o de la droga.

Las democracias liberales, no incompatibles con cierto estatismo, ofrecen a la población el consuelo de la seguridad institucionalizada. Ya sabemos que la seguridad personal está gravemente amenazada en las grandes ciudades y no hay quién lo evite. Por eso, en cambio, se da abligatoriamente la seguridad social, hija del estado benefactor. Nuestras vidas están «aseguradas» por una gran maquinaria burocrática que ha sido capaz de desnaturalizar el rol humano del médico, convertirse en una entequeia que consume más que lo que recauda y que termina por ponernos un número para poder desinteresarse de nuestra suerte personal.

Este es el estado benefactor provocado por el miedo de la población, el remedo frente a la irresponsabilidad social de los gobiernos, la respuesta burocrática masiva que lejos de ir a las causas de los problemas sociales administra un sistema de organización de las consecuencias.

O, si no, también se emborracha a la gente con la palabra modernidad como si lo que es hoy, por el mero hecho de ser contemporáneo encarna una panacea y una superación de todo lo malo que pudiera haber habido en el pasado. Pero se precisa ser muy ignorante para, a doscientos años vista, volver a caer en el espejismo de lo «moderno», ídolo favorito de la Ilustración y de todo idealismo que fue aplastado por el crudo materialismo de la Revolución burguesa de 1789 y terminado de aniquilar por el rancio ideologismo de la revolución bolchevique, que aún hoy nos sigue apestando.

Ni siquiera queda nada «moderno» con vida. Los últimos restos fueron agotados en las frívolas y decadentes décadas de los años veinte y treinta. Allí se consumó el funeral del arte y la literatura «moderna» que ya en mi juventud solíamos apostrofarla llamando modernoso a toda absurda pretensión de contemporaneidad no alcanzada por propio mérito y transcendencia.

La modernidad es el opio de algunos hombres atemorizados por el estúpido prurito de sentirse «pasados de moda», «atrasados», «anticuados» cuando de lo que se trata, precisamente en tiempos de decadencia generalizada, es de nutrirse de la tradición olvidada.

Otro monstruo sagrado, a caballo de la confusión reinante, es la libertad de expresión elevada a categoría suprema de virtud ciudadana. Lo que es apenas un aspecto, una condición, se ha convertido en un fin en sí mismo; pero tan sólo gracias al caos que lo permite todo.

En buena razón si yo digo —en medio de un círculo de artistas «modernos»— que sería deseable que la policía no se limitara a reprimir el mal sino que también hiciera todo el bien que está a su alcance (y que no es poco) todo el mundo asentaría fervorosamente. Pero si, acto seguido y, en consecuencia, yo añadiera: también sería deseable que los artistas, a más de cumplir con las reglas del arte, ponderaran el poder de que implícitamente gozan sobre el público y contribuiran en alguna medida a su edificación, a su formación moral e intelectual, al esclarecimiento de sus ideas, a la purificación de sus apetitos (como la catharsis griega); si yo dijera semejante cosa en un medio artístico sería inmediatamente execrado, si antes no prorrumieran en una risotada general.

El liberalismo —constantemente en complicidad con el marxismo— no acepta jamás ir al fondo de las cosas. Resulta una impertinencia tratar de dar algún contenido a las cabezas vacías hijas del consumismo masificante. Mejor es dejarlas así, aun a costa de que sean fácil presa del comunismo simplificante, esquemático y seductor. Frente al miedo, el liberal insiste en el suicidio colectivo antes que en el antidoto. Por eso nuestra sociedad sigue remontando altos niveles de temor. Frente a la catástrofe de la humanidad, siempre in crescendo, se la deja inerme. No se le enseña un «jujitsu» espiritual capaz de hacerle emplear todas sus reservas naturales plenamente sino que se le abandona a la confusión.

En todo caso se le habla de derechos humanos, como toda protección, sin apercibirse que lo que fortalece a la persona es la conciencia de tener una misión que cumplir, antes que conocer las ventajas que de ello derivan. Otra vez se invierten los valores. Parece que hubiéramos retornado sibilinamente al NON SERVIAM, pues ya a los niños chicos se le despiertan expectativas que con seguridad no se le podrán (ni se le deberán) satisfacer —sea materia económica, educativa o profesional—. Pero así ya se ha engendrado una actitud de exigencia antes que de donación, de pretensión antes que de ofrecimiento, de reivindicaciones en nombre de un justicia no siempre compatible con la caridad.

Por eso el hombre moderno entiende el concepto de privilegio como un abuso de autoridad, ignorando el sentido prístino que supone también una contraprestación. No hay privilegio —stricto sensu— sin obligación; más aún, esta obligación está ennoblecida no por venir impuesta sino haber sido libremente elegida. De allí el NOBLEZA OBLIGA.

Ahora, en cambio, se asume el privilegio de —pongamos por caso— acceder a la enseñanza superior, como un derecho gratuito, sin que entrañe compromiso u obligación recíproca, sin someterse a un nivel más alto de exigencia, sino como un goce sobre el cual no debe rendirse ninguna cuenta. ¡Al contrario! Puesto que se ha llegado a ese nivel educativo hasta se reclaman derechos suplementarios para co-gobernar las casas de estudio.

Como muestreo de las características del síntoma del miedo y de sus pretendidos remedios basta. Lo que no podríamos hacer es dejar las cosas aquí, sin un hilo de luz siquiera que nos abra las puertas a la esperanza.

Así como el hombre moderno está atemorizado y confuso por obra y gracia de la manipulación inspirada en las doctrinas más antihumanas que pueda haber bajo el ropaje del humanismo, así también es dable comprobar —no sin cierto esfuerzo— que hay un sustrato en la

criatura hija de Dios que se resiste a ser desnaturalizada del todo, Claro que estas cosas sólo se advierten en las situaciones-límite, al borde del drama sino ya en plena tragedia.

Pero aquí surge nuestra responsabilidad: la de encauzar estas potencialidades, la de impedir que estos resabios de la salud pública no naufraguen definitivamente en el ojo del huracán. Basta comprender lo esencial de cuanto he afirmado para estar automáticamente comprometido en la salvación de la sociedad y de sus miembros mediante el esclarecimiento constante y el testimonio vivo.

Sólo los superdotados podrán seguir encerrados en sus islas de pura especulación, proveyendo el renovado alimento de la teoría a los demás. La gran mayoría estamos convocados a mezclarnos con este mundo, no indiscriminadamente sino de algún modo orgánico, para salvarlo del miedo y de la confusión, para devolverle —cuando menos— sus propias esencias y con ellas ser capaz de salvarse por sí mismo.

Las potencias innatas de que hablo son: una sumergida ansia de acercarse a la Verdad que puede ser vitalizada (3); una defensa casi instintiva de los bienes fundamentales de la persona (hogar, propiedad, solidaridad vecinal, patriotismo); una cierta capacidad de santa indignación frente a la cobardía, el vicio, la degeneración, y otras secuelas de nuestro tiempo, que debe ser sabiamente guiada y —si cabe— santamente estimulada.

Claro que estos son nada más que medios que nos recuerdan, como dijera el Cardenal Pio, que cuando Cristo no reina a través de los hechos derivados de su presencia, entonces reina por medio de todas las calamidades derivadas de su ausencia (4). Pues no hay otro objetivo superior que restaurar el orden político, social y económico cristiano; el único capaz de ahorrar tantos males a la humanidad.

Y a los que opinan como Napoleón III, según le respondiera al mismo Cardenal que el momento no es oportuno, pues implicaría desencadenar todas las malas pasiones, habrá que responder como lo hizo este santo varón: ¿Que el momento de reinar Cristo no ha llegado?, pues bueno, ¡entonces tampoco ha llegado el momento de que los gobiernos duren! (5). Consolémonos siquiera con esa realidad: el enemigo en el poder no podrá consolidarse; a eso ayudaremos nosotros con nuestra prédica a favor de un orden cristiano integral en cuya base está la restitución de todos los valores que sean auténticamente bienes, la restitución del verdadero sentido de las palabras y del significado de las cosas. A ello es que hemos querido aludir a lo largo de esta breve disertación.

(3) Claro que en la Babel de mil lenguajes que vivimos no es fácil. En la Edad Media, como dice Gustavo Corção en su libro *Frontieras de la técnica* (Buenos Aires, Oikos, 1982) era, en cambio, posible convencer a quien estaba equivocado de su error. Hoy es difícil, porque nadie quiere —y si quiere, a veces no puede— reconocerlo. Se ha perdido la unidad semántica fundamental para que haya auténtica cultura.

(4) Citado por Jean Marie Vaissière: *Fondements de la cité*, París, Club du Livre Cívique, 1963, pág. 213 (hay traducción en español; Madrid, Speiro, 1966).

(5) *Ibíd.*, pág. 214.